

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

CRUZADA CULTURAL — AÑO 1934

LA LEYENDA PATRIA

POR

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN



MONTEVIDEO
—
IMPRENTA NACIONAL
1934

LA LEYENDA PATRIA

Es la voz de la Patria ... Pide gloria ...
Yo obedezco esa voz. A su llamado,

Siento en el alma abiertos

Los sepulcros que pueblan mi memoria;

Y, en el sudario envueltos de la historia,

Levantarse sus muertos.

Uno de ellos, recuerdo pavoroso,

De un lustro aciago se levanta impuro,

Como visión que en un insomnio brota,

Del fondo nebuloso,

A la voz de un conjuro, y su flotante

Negra veste talar mi frente azota.

¡Lustro de maldición, lustro sombrío!

Noche de esclavitud, de amargas horas,

Sin perfumes, sin cantos, sin auroras,

Vaga en la margen del paterno río ...

De los llorosos sauces

Que el *Uruguay* retrata en su corriente

Cuelgan las arpas mudas,

¡Ay! las arpas de ayer, que, en himno ardiente,

Himno de libertad, salmo infinito,

Vibraron, al rodar sobre sus cuerdas

Las auras de las *Piedras* y el *Cerrito*.

Hoy, la mano del cierzo deja en ellas

El flébil son de tímidas querellas.

Apenas si un recuerdo luminoso

De un tiempo no distante.

De un tiempo asaz glorioso,
Tímido nace entre la sombra errante,
Para entre ella morir, como esas llamas
Que, alumbrando la faz de los sepulcros,
Lívidas un instante fosforecen;
Como esos lirios pálidos y yertos,
Desmayados suspiros de los muertos
Que, entre las grietas de las tumbas cre-
[cen.

La fuerte ciudadela,
Baluarte del que fué *Montevideo*,
Desnuda ya del generoso arreo,
Entre las sombras vela
El verde airón de su imperial señora,
Que, en las almenas al batir el aire,
Encarna macilenta,
La sombra vil de la paterna afrenta.

Todo mudo en redor... Campo, ciudades...
Todo, apenas se agita,
Y, del pecho en las negras soledades,
El patrio corazón ya no palpita.

II

¡Y un pueblo alienta allí! ¡Y, entre esa
[noche,
Vive en esclavitud un pueblo... y vive!
¡Y es ese el pueblo rudo,
Amamantado ayer por la victoria,
Que batalló frenético y sañudo,
Y, al fin, cayó sobre el sangriento escudo,
Envuelto en los girones de su gloria?
¡Y es el que bravo, con robusta mano,
De entre las fauces del león ibero,
Arrancó ayer su libertad, que en vano
El coloso oprimió, y, entre las ruinas

De la antigua grandeza
Del vencedor del árbitro de Europa,
Levantó la cabeza,
De tempranos laureles circuida,
Y con sangre de mártires ungida?
¿Y es la patria de *Artigas*, la que vierte
Lágrimas de despecho,
Teniendo aún sangre que verter, y alienta
Esa vida, engendrada por la muerte,
Que sus memorias en baldón convierte,
Y de su mismo oprobio se alimenta?

¡Oh! nó, no puede ser. ¡Pueblo, despierta!
¡Arranca el porvenir, de tu pasado!
¡Levántate valiente!
¡Levántate a reinar, que de rey tienes
El corazón, y la guerrera frente!

¿Será que, de tus héroes,
Los tiempos las cenizas esparcieron?
¿Será que sólo fueron
Sus esfuerzos de ayer fugaz aliento,
Que pasó, como el ave que no deja
"Ni rastros de sus alas en el viento"?
¡Oh! ¿Qué no habrá un recuerdo, que lo-
[vante

De la tumba musgosa del pasado,
Un grito, al sacrificio aparejado,
Que al opresor espante,
Y, con mano niervuda,
El sueño de esos párpados sacuda?
¿Jamás la noche engendrará un delirio
La bíblica visión enardecida,
Que a esa planta infeliz dé aliento y vida,
con el riego de sangre del martirio?

.....

III

Mirad: del *Uruguay* en las espumas,
Del *Uruguay querido*,
Brotó un rayo de luz desconocido,
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
A la lejana estrella vespertina,
Que el sueño de las tardes ilumina.
Es primero un albor... luego, una auro-

[ra ...
Luego, un nimbo de luz de la colina ...
Luego aviva ... y se eleva ... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata,
Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.
Despiertan los barqueros... ya es la hora;

Y, al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora,
De ritmo audaz y cadencioso brío,
¡La eterna barcarola redentora!
Caen, de los sauces, las dormidas arpas,
Por impalpable mano arrebatadas;
La selva entona, de la patria historia,
Los no aprendidos salmos inmortales;
Al beso de la luz, se alza la guerra,
Y brotan, de la tierra,
Pálpitantes recuerdos a raudales.
En luminosa ebullición sonora,
Los átomos alados
Nadan en luz, en torno de la aurora;
Y despiertan los cantos olvidados
Que en el juncal dormían,

Los que, en el bosque, errantes se escond-
[dían,
Los que, en las nieblas, mudos se arropa-
[ban,

O, sin eco, en el aire discurrían,
E, impulsos sin objeto, desmayaban.
Todo se agita, y se estremece, y siente.
Todo despierta del sopor sombrío ...

Es que enciende el ambiente
El descenso de un astro incandescente
Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,
Roja, intensa mirada,
Que, por el campo de la patria hermoso,
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal, *Treinta y Tres hom-*
[bres ;
Treinta y Tres hombres, que mi mente
[adora,

Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía.

IV

Helos allí ...

Con ademán sañudo,
Cárdeno el labio, y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan, sin temblar; cifien la frente
Con el pesado casco del guerrero;

Y, altivo, un reto lanzan,
Que se estrella en el rostro del tirano;
Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata, y se desborda,
Como, de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,

Lleva sobre los hombros la tormenta
La voz de Dios ... Clavado en la llanura,
Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,
Azota el aire, y estremece el asta,
El pabellón de *Libertad o Muerte*,
Que el aura agita, de presagios llena.
Vibrando está, en los labios de los héroes,
El santo juramento

De *Muerte o Libertad*, firme, grandioso,
Que da a los hombres de virtud ejemplo,
Y se esparce, solemne y poderoso,
Cual se difunde el salmo religioso
Por las calladas bóvedas del templo.

V

¡Ellos son, ellos son! Patria querida:
No eras tú, no, la que, en servil letargo,
Te adormeciste ayer; virgen, tu alma.

Al ostracismo amargo,
Huyó, vencida, pero no humillada,
A salvar pura nuestra patria idea,
Y hoy ya torna, encarnada
En la enseña divina, que flamea
En la cerviz del opresor, clavada;
No eras tú, no, la que su aliento enfermo
Daba a los lirios que en las tumbas bro
[tan,

Al frío del suspiro de la muerte;
Yo te descubro allí, radiosa y fuerte,
Al verter, en el lienzo de la noche,
Las tintas del color de la alborada,
Y, en el foco febril de tu mirada,
Volvemos, con el sol de nuestra historia,
Ese calor de libertad preciada,
Que el broche rompe de la flor sagrada,
Fecundizando el germen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan sólo
Da movimiento a treinta y tres latidos.
Esos, que tornan tu impalpable esencia,
Y, empapada en su luz, alzan la frente;
Esos, que arrancan, de la amarga noche,
La libre aurora del eterno día,
Esos, tus hijos son, son nuestros padres,
Patria de mis hermanos, patria mía.

VI

El alma que a su cuerpo retornaba,
Hirviente circulando,
Se infiltró, como un hálito de fuego,
En las venas del pueblo, despertando,
A su paso, entre bosques y llanuras,
Las auroras dormidas,
Y los marciales cantos, que aguardaban,
A medio formular entre los labios,
Alas para volar. El comprimido
Grito de guerra remeció los aires;
Hervor de multitudes
Brotó, de entre los bosques más lejanos;
El casco del corcel hirió la tierra,
Con temeroso son; el de los llanos,
Clamor inmenso, repitió la sierra,
Y se cernieron, con siniestro vuelo,
Hasta azotar, con las armadas alas,
El verde pabellón de las almenas,
Aves, en cuyas garras
Cuelgan aún anillas de cadenas,
Que, al chocarse, derraman en el viento
Rumor de imprecaciones,
Murmullos de tumultos invisibles,
Fragmentos de canciones,
Y metálicos golpes repetidos,
Cuyo ritmo se ajusta
De un corazón de bronce a los latidos,

Al sentir las cruzar entre las sombras,
Lívidos, los espectros
Que acechan los insomnios del tirano,
En ronda descompuesta e imposible
En su almohada se alzaron,
Y poblaron sus horas agitadas
Las visiones de muerte atropelladas.
Rodaron las corrientes sacudidas;
El incendio rodó por nuestro suelo;
El *Plata* rebramó sordas querellas,
Y, como aliadas que apostaba el cielo,
Sus alas encendidas
Agitaron, temblando, las estrellas.

.....

.....

Ya es tarde, ya es en vano,
Extranjero opresor, despavorido
Apercibirte a la forzada lucha,
Y concitar innúmeras legiones;
Ya cercano, se escucha
El libre relinchar de los bridones,
Que el casco fijarán sobre tu pecho,
Y el mundo encuentran, a su paso, estre-
[cho.

Ya las ferradas lanzas
Buscan camino, y lo hallarán sangriento,
Hasta tu mismo corazón, sediento
De cobardes venganzas.
En vano, en tus mazmorras oprimidos,
Escondes los valientes
Que encontraste, inermes y rendidos,
En torno de su hogar ... Oye: ¿no sientes
Cómo alzan, a los lejos, sus hermanos,
Y llega hasta sus rejas,
El himno con que mueren los tiranos?

¡Oh! Cuando el grito de los libres suena,
Nuncios de redención, vuelan sus ecos
A hacer brotar fronteras, demarcadas
Por la mano de Dios, que se levantan
Del seno de los ríos y los mares,
Y, al escalar los montes,
con siluetas de cunas o de altares,
Van a cerrar los patrios horizontes,
Entonando sus bélicos cantares:
Arrullos de una cuna, que, en el aire,
Entre el marcial confuso desaliño,
Se dan de guerra el sonoro abrazo;
Primer vagido de un gigante niño,
Que recoge la gloria en su regazo.

Y aquel grito sonó ... de la *Florida*
En los fragosos campos,
Rodeada de bravos redentores,
Arde la inmensa hoguera
Que la patria encendió. Y arden en ella
Nombres, tratados, vínculos nefarios,
Que vuelan, en cenizas esparcidos,
Como aliento de pueblos redimidos.
En ella, se fundieron las cadenas,
Para forjar con ellas las espadas;
Y los pechos en ella se templaron,
Que, en *Sarandí* glorioso,
Los escombros de un trono amontonaron.

VII

¡*Sarandí!* ¡*Sarandí!*... ¡Santa memoria!
¡Primicia del valor! ¡Oscuro ardiente
Que imprimieron los labios de la Gloria,
En nuestra joven ardorosa frente!
Yo, al pronunciar tu nombre,
De hinojos, la cabeza descubierta,
Entre las cuerdas de mi lira, siento

Que nace, crece, y estridente estalla,
Todo el fragor de las solemnes horas
Que escucharon la voz de tu batalla,
Cuando "el héroe", los héroes, encontraron
Tardo el corcel y perezoso el plomo;
Las sedientas espadas abrevaron,
De roja sangre en el reciente lago,
Y, del tirano en la olvidada tumba,
La cuna de sus hijos levantaron.
¡Sarandí! Con tu aliento poderoso
Sus alas formaría la tormenta,
Para azotar la espalda del coloso
Revuelto mar, y publicar su afrenta,
Yo en tu potente espíritu me agito;
Lato en tu corazón, ardo en tus ojos;
Y en la idea, corcel de lo infinito,
Sobre tus rudos hombros sustentada,
Siento flotar mi vida, condensada
En un grito de honor, eterno grito.
En tus vastas laderas
Deja que se dilate el pensamiento,
Y respire el aliento
De aquellas auras de tu honor primeras;
Auras de libertad, que, en su regazo,
Hasta Dios condujeron,
El sello a recibir de eterna vida,
Con las almas de bravos que cayeron,
El alma de la Patria redimida.
Los himnos de tu aurora
Deja que el labio vibre ...
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!
"Que quien sabe morir, sabe ser libre."

VIII

Empapadas en luz y en armonías,
De aquel campo divino,
Las auras nuestro Plata atravesaron,

Y, del callado lábaro argentino,
La coronada frente refrescaron.
Se oyó el batir de sonoras alas,
Al levantar el vuelo las memorias;
El encajar de piezas de armaduras
Mohosas, y empolvadas de victorias;

Se unieron las riberas
Del Plata libre, en fraternal abrazo,
Y cruzaron sus ondas las banderas,
Aves de gloria, cuyas alas fieras
Azotaron la faz del Chimborazo.
Y a los que ayer llamaran visionarios,
Al contemplar su paso vagabundo,
La amiga mano el argentino estrecha.
Sus locuras, sus mitos legendarios
Detienen hoy en su carrera al mundo.

Si corta fué tu vista, pueblo hermano,
Si corta fué, tu ofuscación de un día
Lavaste, con heroica bizarría,
En la sangre humeante del tirano.
¡Pueblo el de las cruzadas giganteas!
¡Puente del Ande, sueño de Belgrano!
¡Pueblo correedor: bendito seas!

IX

El destrozado imperio,
De Sarandí en el llano
Sintió el golpe mortal; pero, ocultando,
Como la pieza herida,
La flecha envenenada, huyó, buscando
El matorral oculto, y la escondida
Selva breñosa, en que caer sin vida.
Mas ya no pudo ser: tras el reguero
De negra sangre, que sus pasos marca,
Tras el golpe postrero,
Va la heroica legión; su vista abarca

Un ensanche de luz del horizonte,
Do la mano invisible de la patria,
De *Ituzaingó* los velos descorriendo,
Reproduce en el cielo, vigorosas,
Las cifras del ardiente vaticinio
Que, en el festín de Baltasar, mostraron
De un trono ya caduco el exterminio.
Ituzaingó ... ¡Señor de las batallas!
¡Oh Dios de Sabahot, armipotente!
Tú otorgaste y ceñiste, en aquel día,
Palmas al mártir, y al guerrero lauros;
Yo pronuncio tu nombre
Junto al que adoro de la patria mía;
Habla, Señor, al hijo;
Narren tus nuncios, al heroico pueblo,
La divina leyenda de sus padres,
Que la lira del bardo desfallece,
Y, al peso abrumador de los recuerdos,
Muda y arrebatada se estremece.

X

.....

Todo acabó ... Ya el mundo,
Firme al novel batallador escucha
Dictar sus leyes, y escribir su historia;
Y al sollo de los pueblos lo levanta,
Que, aun cubierto del polvo de la lucha,
Trepas el guerrero, con serena planta.
La patria redención ya consumada,
Exige el culto de sus hijos fieles,
En el altar del alma conservada.
Tú, a la sombra feliz de tus laureles,
Patria, patria adorada,
En tu tranquila tarde del presente,
De tus santos recuerdos al arrullo,
Duerme ese sueño de los pueblos grandes,

De paz y noble orgullo.
Rompa tu arado, de la madre tierra,
El seno en que rebosa
La mies temprana, en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y, en el riel de la idea electrizado,
Muera el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos,
Palpiten las paternas tradiciones,
Y despierten las tumbas a sus muertos,
A escuchar el honor de las canciones.
Y siempre piensa en que tu heroico suelo
No mide un palmo que valor no emane.
Pisas tumbas de héroes ...
¡Ay del que las profane!
Protege, oh Dios, la tumba de los libres!
Protege a nuestra patria independiente,
Que inclina a Tí tan sólo,
Sólo ante Tí, la coronada frente.

Mayo de 1879.

